

Entrevista con Sergio Ramírez

Hortensia Campanella

Dos escenas separadas por veinte años nos pueden dar las dos caras conocidas de Sergio Ramírez, esas dos caras que se han complementado y también se han estorbado mutuamente a lo largo de su vida. La primera, en uno de los escasos edificios de más de dos plantas que dejó el terremoto de 1972 en Managua, muestra un despacho austero lleno de libros, sobre la mesa, informes económicos, en los estantes, entre muchas fotos, un torito de cerámica de Cuenca, y detrás de la puerta, una ametralladora Uzi. «Gracias a Dios nunca la utilicé. Solo una vez fui a un campo de tiro para entrenarme, pero según los instructores, mi puntería era demasiado mala», dice el entonces Vicepresidente de la República de Nicaragua.

La otra escena tiene lugar en una casa cómoda pero sencilla, el estudio está separado de la casa por un jardín y en él hay un retrato de la mujer del escritor hecho por el berlinés Dieter Mahsur, un cuadro de Leparc, regalo del autor, y otros del pintor nicaragüense Omar de León, una estatuilla de Rubén Darío, discos y libros y más libros, «siempre compro en mis viajes más libros de los que podré leer». «Escribo frente a una ventana que da al poniente, y mi vista es un huerto de árboles frutales y maderables que mi mujer ha ido plantando desde que vinimos a vivir aquí, en 1995. El árbol que más quiero está a un lado de la ventana, es un capulín que creció allí, muy pegado a la pared, porque los murciélagos trajeron las semillas. Creció con todo su follaje en poco tiempo, y desde que abro la persiana por las mañanas, sus ramas están llenas de güises, un pájaro gris, de pecho amarillo, muy bullanguero».

Las dos escenas simbolizan una vida volcada hacia el compromiso político y hacia la literatura. Y aunque en la actualidad, el escritor nicaragüense considera totalmente abandonada la actividad política, cree firmemente que «no podría vivir en un vacío de ideales». Es por ello que siente la necesidad de opinar sobre la realidad, como lo demuestran sus frecuentes artículos en la prensa de América y Europa. Pero su principal tarea desde hace ya muchos años es ahondar en su primera vocación que lo retrotrae a la niñez.

—*Sergio Ramírez nació en un pequeño pueblo del centro de Nicaragua...*

Masatepe, un viejo asentamiento indígena, primero niquirano y después nahuatl (en nahuatl Masatepe quiere decir tierra o cerro de los venados) era en los años cuarenta un pueblo de quizás cinco mil habitantes, muy pacífico y tranquilo, dividido topográficamente en «arriba», donde vivían los ladinos más o menos acomodados, y «abajo», los barrios de Veracruz y Jalata, donde vivían los indios, artesanos del junco y la cabuya, un terreno que sigue bajando hacia el cráter de la laguna de Masaya, donde las mujeres iban todos los días a lavar la ropa y regresaban cargando los pesados bultos en la cabeza, sin perder la gracia de su paso.

—*¿Qué raíces profundas de aquel mundo afloran en tu escritura?*

La presencia indígena, como te digo, era muy fuerte en Masatepe. Pero la presencia indígena más notable en mi vida está en la lengua, principalmente la lengua nahuatl, que está en el uso diario, y la chorotega, la chontal, las lenguas caribes: fíjate las de una sola letra que enlisto de memoria: chincaca, chapulín, chingue, chachagua, chipote, chingo, chocolate, chingaste, chinamo, chicha, chile... y los árboles, guayacán, guanacaste, conacaste, guarumo, guácimo, ceiba, malinche, capulín... las aves: chichiltote, zenzontle, güís, chocoyo, chachalaca, chompipe, y las flores: sacuanjoche, jilinjoché, poponjoche... y esos nombres de lugares, tan musicales: Nindirí, Estelí, Nancimí, Sacaclí, Ducualí, Yalí...

En curioso que en Nicaragua reconocemos el mestizaje entre españoles e indígenas, pero no el verdadero mestizaje que es español, indígena y negro. No hay familia, de cualquier clase social que sea, que no tenga una rama mulata, y la sangre negra es parte esencial de nuestra cultura; del habla también, de la cocina, de la música. Lo negro se relega a la costa atlántica, la costa del Caribe, como un fenómeno de minoría, cuando la verdad es que está en todas partes, y es parte de nuestra riqueza.

—*¿Cómo entra la literatura en tu vida?*

Lo primero que escribí a los doce años fue un relato de tal vez una cuartilla, que se llamaba «Mis vacaciones en el mar», escrito de la mano de mi madre, que era maestra, y que se publicó en la revista *Poliedro* que ella dirigía. Lo de vacaciones es una exageración, porque en la playa de Masachapa pasábamos a lo más dos o tres días cada año, en una vieja casa frente a las rocas, aunque los preparativos eran los de un éxodo de años. Pero yo

aprendí a escribir dibujando mucho antes; dibujaba historias cinéticas, a la manera de los *comics*, cuando tenía tal vez cinco años, usando una tiza y los ladrillos de la tienda de mi padre, dibujos que la Mercedes Alvarado, la empleada que me crió de niño, iba borrando tras de mí con el lampazo. Un arte efímero.

Los primeros libros que leí —sin contar los comics, «El Capitán Marvel», que llegaba de Argentina, «El Fantasma», «Spirit», (que era un cómic surrealista), «Tarzán de los monos», «Linterna Verde»— fueron *Genoveva de Brabante*, que me regalaron para un cumpleaños en una edición ilustrada, y *Gil Blas de Santillana*. Después, quizás a los 13 años, cayó en mis manos una copia a máquina y forrada en papel de estraza de *La condesa Gamiani*, un libro que circulaba clandestino entre los muchachos de mi edad, y su atractivo era que estaba lleno de perversiones sexuales cometidas por la condesa, entre ellas ayuntarse con perros de presa y otros animales. Sólo más tarde descubrí que era obra de Alfred de Musset, y no sé si lo sabría el dueño de la copia, Marcos Guerrero, un primo de mi madre de barba muy negra y ojos ardientes, como el leñador amante de Lady Chatterley, que guardaba los libros de su biblioteca en un cajón de pino debajo de su cama, en la destartalada casa en que vivía, y donde murió alcohólico y abandonado.

—*Los personajes de la niñez surgen de la memoria como de una narración novelesca, pero la realidad impone su perfil severo. El padre del niño Sergio, y de sus dos hermanos, fue alcalde liberal en 1954 bajo el mandato de Anastasio Somoza y no es hasta que llega a la Universidad, a los 16 años para estudiar Derecho como aquel quería, cuando cambia la visión del mundo del joven y su vida toda. En 1959, durante una manifestación estudiantil, la Guardia Nacional mata a cuatro compañeros y hiere a más de setenta. Desde entonces fue antisomocista, convencido no sólo de la necesidad de derrocar al dictador, sino de cambiar el sistema. Primero fundaría la revista Ventana con el poeta Fernando Gordillo, y luego el Frente de Estudiantes Revolucionarios (FER), que sería después el semi-llero de la guerrilla. Pero fundamentalmente se sentía escritor.*

En *Ventana* yo escribía los editoriales, y Fernando Gordillo los anti-editoriales, era fácil distinguir lo que era de cada quién de esta manera. Fernando publicaba ensayos más bien, y algunos poemas, mientras yo publicaba sobre todo relatos, y algunos poemas dichosamente olvidados. Fernando era en esos años más intelectual que yo, en el sentido de que leía muy disciplinadamente y meditaba sobre lo leído más de lo que yo

lo hacía, sobre Erich Fromm, por ejemplo, sobre Mariátegui, sobre Gramsci. A la hora de la selección de los materiales, los dos éramos muy rigurosos, porque creíamos que la revista debía tener un sello de garantía, aunque fuera una revista experimental de jóvenes, pero precisamente, nos alzábamos contra lo malo y lo mediocre. También estábamos pendientes de las novedades; publicamos muy temprano una traducción de «Howl», el poema de Allen Ginsberg que hizo época, aunque resultó que quien nos ofreció la traducción como propia se la había plagiado a un escritor argentino llamado Leandro Katz, a quien luego conocimos. También publicamos, en homenaje a la muerte de Faulkner, la entrevista que le había hecho la *Paris Review*. Fernando la encontró reproducida en una revista brasileña, y la tradujo a la brava del portugués; recuerdo que la primera pregunta comenzaba de manera literal: «el señor ha dicho que no le gustan las entrevistas», en lugar de «usted ha dicho...», y todas las demás preguntas empezaban de esa manera: «el señor...». Otra vez, entre Napoleón Chow, mi compañero de cuarto y colaborador de la revista, y yo, traducimos «The Love Song of J. Alfred Prufrock», de T.S Eliot, sin saber yo entonces una palabra de inglés; él me dictaba el sentido, y yo lo recomponía.

—¿Cuál es la historia de tu primer libro?

Mi primer libro, que se llamó simplemente *Cuentos*, se publicó en 1963 en la Editorial Nicaragüense de mi amigo el escritor Mario Cajina Vega, que había estudiado artes gráficas en Inglaterra. A pesar de su nombre tan llamativo, era un pequeño taller, donde los textos se componían a mano, en fuentes cuidadosamente escogidas por Mario. El libro reunía mis relatos publicados tanto en *Ventana* como en *La Prensa Literaria*, y fue prologado por mi maestro Mariano Fiallos Gil, el rector de la Universidad; el pintor Leoncio Sáenz dibujó las ilustraciones, y Pablo Antonio Cuadra la viñeta de la portada. Como ves, es un libro entrañable en todos los sentidos. Se imprimieron 500 ejemplares, de los que conservo un par.

La dificultad estaba en vender el libro, y Tulita, que era entonces mi novia, salía por las tardes a venderlo de casa en casa en León mientras yo huía a esconderme. Y en Managua lo dejaba en consignación en las pocas librerías que existían entonces; siempre me gusta recordar que en una de ellas, la Librería Selva, cuando una vez hacía con la dueña la cuenta de los ejemplares vendidos, en lugar de los diez que le había dejado, ¡aparecieron doce!